



**CELESTE**

Agente immobiliare



CAROLINA GATTINI

# **Celeste**

Carolina Gattini

## Prólogo.

Me llamo Celeste, no es muy común, lo sé, pero es que mi madre veía una telenovela cuando estaba embarazada de mí., bueno, es una historia un poco absurda que prefiero guardar en el olvido... En realidad nunca me molestó llamarme así, sin embargo últimamente he barajado varias veces la idea de ir al registro civil para cambiarlo, claro que luego pienso en el lío de papeles que tendría que hacer y se me quitan las ganas. Yo me había acostumbrado, es decir, son unos cuantos años llamándome así, básicamente desde que nací. Sin embargo, en los dos últimos años he pensado más de una vez en cambiarlo, sobre todo por cómo lo pronuncia mi archienemigo Jorge: "Celeste", con ese tono tan estúpido. No lo soporto, es el tío más chulo y prepotente que he conocido en mi vida... Cree que puede conseguir todo lo que se proponga, cree que es más listo, más inteligente, más todo que todos, ya saben...

Por suerte, ya no tendré que verle nunca más, esta misma mañana los he mandado a todos, bueno, a él concretamente, a un lugar remoto y sucio, un lugar imaginario llamado "mierda" y me he largado de la oficina con la cabeza bien alta. Claro que ya tenía apalabrado otro contrato con otra agencia, si no habría tragado con todas las estupideces que me hubieran pedido, como verle la cara a ese estúpido cada día, y habría seguido trabajando con él por muuchos años más... Son las desventajas de tener una hipoteca y un estómago que es como un pozo sin fondo, parece que nunca está satisfecho. Porque a veces pienso, ¡pero si ya comí ayer! Pero nada, no quiere escucharme, y tengo que seguir comiendo y gastando dinero... Es un infierno... En fin, en resumen, he dejado mi trabajo y me dirijo con inexorables pasos hacia la oficina donde voy a firmar el nuevo contrato. Me espera un futuro brillante...

## Capítulo 1.

Dos meses después.

Decía un compañero de instituto que más vale malo conocido que bueno por conocer, y lo odiaba en aquel momento, porque lo decía para defender a un profesor que nos martirizaba y del que nos quejamos todos los alumnos para ver si conseguíamos librarnos de él, o cambiar de clase. Ahora, al fin, comprendo el sentido de esa frase.

Mientras conduzco por una carretera de esas del estilo "Las colinas tienen ojos" decido enviar un mensaje al grupo de amigas indicando la carretera y km por el que voy con la puesta en situación previa de, precisamente eso: "Por si me asesinan por el camino estoy en..."

Nadie contesta y comprendo la calidad de amigas que tengo. Sólo espero que encuentren al asesino después de cometer el crimen... Y si es posible que les indique dónde está mi cuerpo... No sé, alguien querrá poner unas flores o algo... Aunque sean de plástico.

– No seas dramática –responde Rocío, y se lo agradezco, porque estaba empezando a imaginar la postura en que me encontrarían.

– No lo soy, creo que es mejor que os envíe una foto para que entendáis la gravedad del asunto.

Pongo la cámara del mismo grupo del móvil y capto la imagen desoladora, porque esto está tan solitario y la vegetación empieza a engullirme .

– Deberías dejar el móvil mientras conduces –me responde.

No entiendo por qué debería dejar el móvil cuando conduzco, de hecho, voy a escribirle eso cuando levanto la cabeza y veo un coche de la guardia civil delante de mis ojos y un par de tipos verdes haciéndome señales.

El buen hombre me hace darle mi documentación, los papeles del coche, y todo lo que se le ocurre. Luego me pide que abra el cenicero y me quedo mirando por el salpicadero como una tonta. A estas alturas debe pensar que lo soy.

– Señorita, está ahí –dice señalándome una cajita que, lo juro, no había visto antes en mi vida.

Yo también tengo curiosidad por saber qué hay dentro. Cuando compré el coche, de segunda mano, nunca revisé nada, y a veces encuentro fotos o cositas curiosas, o basura, por los rinconcitos. Sin embargo, en el cenicero no hay nada... ¡Qué chasco! Me había hecho ilusiones.

– Señorita, ¿ha bebido?

– No, no he podido, no me atrevía a parar por esta carretera –le aseguro en confidencia, mirando a nuestro alrededor después de acercarme a él alargando el cuello, para sacar la cabeza por la ventanilla–. Además se me está haciendo tarde. Pero sí que tengo sed, y hambre –me lamento.

– ¿Por qué no ha salido antes?

– Me están saliendo las canas del estrés que tengo, y aparte de eso siempre he querido ser pelirroja, y se me ha ocurrido que me daría tiempo a tintarme antes de salir de Madrid porque aquí el agua estará fría, pero como puede apreciar no ha servido de nada, sigo morena... –me lamento de nuevo–. Aunque al menos ya no hay canas.

Él frunce el ceño y no sé qué he dicho, pero creo que le ha sentado mal.

– Salga del vehículo.

Obedezco rápidamente, bueno, con mi lentitud habitual, sólo que un poquito más rápida, en teoría.

Me hace caminar de un lado a otro, me dice que cierre los ojos, que los abra, a ver si de aclara. El otro guardia civil ni se acerca. Éste se está poniendo las botas conmigo, ya tiene para contar después las tonterías que me está haciendo hacer y reírse un rato. Se ve que no tenía nada que hacer.

En mi imaginación estas cosas son distintas. En mi imaginación los policías o guardias civiles, o incluso militares..., están cañón y me registran por todas partes por si llevo armas de destrucción masiva por algún sitio. En mi imaginación no me miran como este hombre, como si hubiera bebido o drogado o algo peor, como por ejemplo que no tomé la medicación. O más bien como si me hubiera escapado de algún centro psiquiátrico, igualmente sin medicación...

Me obliga a leer letras a lo lejos con un ojo y con el otro como si fuera el oculista.

– Es que tengo un ojo bueno y otro malo –le explico–. Con el derecho veo más del cien por cien, que no me pregunte qué significa eso, y el otro que creo que es un ojo vago. Pero claro, si le digo eso al del certificado médico me van a obligar a comprar dos gafas, porque hay que llevar dos en el coche. Pero no pasa nada porque con el ojo del más del cien por cien lo veo todo, es digamos... el ojo que todo lo ve –digo sin poder evitar dejar escapar una risilla al final.

– Manolo, déjala ya, quiero volver al cuartel.

Bendito sea.

El hombre que me lleva frita ya un buen rato, es decir, Manolo, me mira haciendo una mueca con la boca.

– ¿Bendito sea?

– No me he dado cuenta de que lo he dicho en voz alta –digo al borde de las lágrimas.

Pero entonces me sonrío y niega con la cabeza.

– Vamos al cuartel –le dice al otro–. Y usted..., no le va a pasar nada en esta carretera, así que no se dé tanta prisa en llegar. Y no la voy a multar por ir con el móvil, pero no vuelva a conducir con él en la mano.

– Sí, señor –digo cuadrándome.

No sé por qué lo hago, pero me ha nacido hacerlo. Tal vez iba para militar, el problema era que con metro y medio no me aceptaban en ningún cuerpo... Pero si me hubieran aceptado, ahora tendría un sueldo fijo, estaría rodeada de guaperas con los que me alegraría la vista y no tendría que andar de acá para allá en esta tartana de coche de las sorpresas para lograr vender algo. De todas formas deberían bajar la estatura mínima, porque cualquiera que haya practicado artes marciales, o haya visto bola de dragón, sabe que un tamaño pequeño implica la ventaja de la velocidad, lo cuál es crucial en la batalla, y los giros de cadera aumentan la potencia del golpe, y cualquiera que haya aprendido danza tiene un buen giro... Tal vez debería enviar una carta al ministerio de defensa para explicarles todo esto y que me admitan de una vez por todas... ¡Quiero mi sueldo fijo! Pero entonces me doy cuenta de que el agente se va y de que tengo una cantidad de problemas últimamente... ¡No se puede ir así y dejarme sola con mis problemas!

– Tengo una mala racha, verá, se me pinchó una rueda hace dos semanas –digo siguiéndole mientras camina hacia su coche–, luego la bomba de inyección, eso no se me pinchó, eso perdía gasolina como si no hubiera un mañana, y ayer me quedé sin batería, a ver, que eso fue porque este coche es antiguo y no me avisa de cuándo me dejó las luces puestas, y como normalmente aparco en un parking pues veo la luz y vuelvo, pero lo dejé en la calle y ahí tuve

el problema... El sol no me dejó ver la luz. Tuve que llamar otra vez a la grúa, que por cierto el chico ya me conoce... Un show...

– Vuelva a su coche –dice alejándose de mí como si nada de lo que le estoy contando fuera súper importante.

– Pero es que...

No me deja explicarle nada más porque se va con el otro y van demasiado deprisa, es como si huyeran de algo. Y encima me dejan prácticamente hablando sola en medio de la carretera.

Cuando al fin los pierdo de vista e inicio la marcha vuelvo a sacar el móvil y les mando sendos audios de cinco minutos a mis amigas para explicarles lo ocurrido.

– Todo te pasa –responde Rocío añadiendo al final risas y caritas de lágrimas de vergüenza ajena.

– Desde luego.

– No pienso escuchar ningún audio –dice Paula–. Te enrollas como las persianas, vas hacia delante y hacia atrás y es un horror escucharte.

– Intento poner en situación al espectador, espectadoras en vuestro caso. Además los flashbacks son útiles para que entendáis toda la esencia.

– Resumen, por favor –vuelve a hablar Paula.

– Le han parado unos guardias civiles y no eran guapos y se creen que está loca, pero como es tan pesada han salido huyendo y no la han multado por conducir con el móvil y sin gafas –resume Rocío y yo miro el móvil ofendida.

– No es exactamente así.

– Es exactamente así –vuelve a asegurar.

– No necesito gafas.

– Si hubieras visto bien a tu ex, no habrías salido con él – responde Rocío añadiendo de nuevo caritas con risas y emoticonos de descojone total.

– No puedo hablar o escribir conduciendo, me lo ha prohibido el guardia civil.

Lo último que leo antes de dejarlo caer en el asiento del copiloto es un mensaje de Rocío diciendo que hago lo que me interesa.

Veo la luz al final del túnel en el que me he metido y ruego por llegar antes de que ya no recepcionen en el hostal. Realmente me quedan pocos kilómetros, pero como esta carretera está dando ahora más vueltas que Willy Fog en la noria, pues una hora, me pone el gps. Creo que llegaría antes si bajara y fuera andando. De hecho, me lo estoy pensando...

Cuando al fin llego al hostal, que parece de una película de miedo, una casa antigua en medio de la nada, bueno a las afueras del pueblo, me entran escalofríos. Aunque luego pienso en cómo huyen algunas personas de mí y se me pasa.

¿Qué les habré hecho para que huyan? Si tuviera dinero para un psicólogo pues le daría la brasa a él, pero a falta de esa opción me enrolló contando mis penas a los que me rodean. De todas formas estaré atenta por si encuentro a algún tipo que está obsesionado con su madre, al rollo psicosis... Y estaré atenta de no ponerme a hablar con la madre..., o si hablo con ella me fijaré en su reacción, es decir, si no responde, no vaya a ser que pase como en aquella película, esté muerta en la silla y no me dé cuenta porque no paro de hablar.

Sería bochornoso cuando nos encontrara el hijo... Además de que el pobre seguiría con su locura al comprobar que ambas estamos manteniendo una conversación, bue-

no, yo con mi monólogo y el cadáver de su madre obligado a escuchar.

Desecho esos pensamientos y niego mientras camino desde la zona de aparcamiento hasta la puerta de la casona por la grava que hay en el suelo como una manta, que por cierto me está matando, porque estos zapatos de rebajas no tienen apenas suela y se me está clavando cada puñetera piedra. No están hechos para el campo, son para el asfalto y el pavimento lisito de la ciudad. Pero quién me iba a decir que vendría a Galicia cuando los compré...

A cinco minutos de la hora de cierre de la recepción consigo llegar a la puerta y abrirla con la lengua fuera y respirando aceleradamente.

– Disculpe –digo con la voz rota de la emoción. Creía que no llegaría a tiempo.

Hay un chico detrás del mostrador, uno de estos que se pasan el día mirando el móvil, youtubers que visten como él... Ni se entera de su alrededor, no creo que sepa ni la hora que es. Y yo dándome prisas por llegar...

– ¿Es usted Celeste?

– Sí –afirmo dejando caer mis manos sobre la madera del mostrador.

– Pues se la ve más bien apagada –dice levantando la vista del móvil que tiene en posición horizontal para ver sus vídeos en pantalla completa.

– Nos ha salido gracioso el niño.

Él me sonrío y no puedo evitar devolverle la sonrisa mientras saco el dni para que tome nota, no vaya a ser que ponga una bomba y no quede registro de quién la puso. Aunque pensándolo bien sí que voy a dejar un regalo en la habitación, en cuanto suba al baño... Puede que le atasque

las cañerías, pero eso no se lo diré. No quiero más chistes a mi costa.

– Tiene que subir y luego la última puerta a la izquierda.

– Oook –digo cogiendo la llave de la habitación desesperada. Necesito ese baño y sentarme en una cama cinco minutos también.

– Es la que tiene vistas.

– He tenido suerte al fin.

– No había otra. Es temporada alta y ha venido otro tío de Madrid. En realidad sí ha tenido suerte, porque podría no haber tenido habitación.

Estoy subiendo por la escalera con mi maleta de ruedas y me doy cuenta de dos cosas: primera, de nada sirven las ruedas en hostales sin ascensor en casonas antiguas, segunda, ¿alguien de Madrid? ¿Por qué lo ha distinguido de los otros huéspedes?

Sin embargo, las ganas de llegar a la habitación me vacían la cabeza de pensamientos y cuando consigo abrir la maldita puerta que, además de atascarse la llave, es más difícil girarla gracias al llavero de madera, me dejo caer en la cama. Alguien me dijo una vez que dormir en hoteles no relaja... Pues ahora le diría que estoy en la gloria, pero como no está presente y sería muy raro llamar a un ex para explicárselo, pues mejor me callo y sigo estirándome en el colchón a pesar de que necesito ir al baño.

Suena el móvil y no soy capaz de no mirarlo, así que extendiendo mi mano hacia el bolso y lo busco sin apenas mover mi cuerpo.

– ¿Has llegado ya? –me pregunta Rocío por privado.

– Sí, ya era hora, por cinco minutos no he llegado tarde.

– Podrías haber llamado diciendo que te esperaran.

Tiene razón, me habría ahorrado tanta ansiedad, pero no lo había pensado.

– Me había obsesionado tanto en llegar a tiempo que no se me ha ocurrido.

– ¿Cómo es el hostel?

– Llamémoslo “rústico”.

– ¿Eufemismo de?

– De tétrico.

– Lleva cuidado no te salga el payaso de It de debajo de la cama o alguno de esos que salen de debajo de la cama –me aconseja añadiendo caritas sonrientes.

– Me sale el payaso o cualquier otro y lo reviento, llevo dos meses sin follar... –aclaro al final por si no lo pillas.

– Eras más feliz en tu otro trabajo.

– Sólo tenía más tiempo. Pero siempre estaba “el imbécil” rondándome para fastidiarme la vida.

– Eufemismo de joder la vida.

– Exacto. Bueno voy a dormir, guapa, si encuentro dos payasos debajo de la cama te envío uno.

– Pues habría que quitarle todo el maquillaje para no dejar las sábanas perdidas, pero me apunto –afirma añadiendo de nuevo caritas sonrientes y otra con un gorro de fiesta en la cabeza.

Dejo el móvil “cargando” y me voy a hacer justo eso en el aseo pero sin la erre...

Cuando al fin estoy en la ducha, relajándome e intentando no dormirme de pie, oigo un ruido y es cuando me acojono.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que hay una puerta en el baño, otra puerta que no comunica con la ha-

bitación. Tal vez sea el armario donde se esconde el payaso... Que ha decidido esconderse ahí en lugar de haber elegido el suelo bajo la cama, porque debe ser un payaso perverso...

Sin embargo, hay que añadir que no me amilano fácilmente.

Salgo de la ducha y cojo la toalla que hay colgada en el cristal que separa la ducha del resto del baño y me la coloco con una sola mano sólo para tapar lo más importante mientras con la otra mano abro la puerta con la intención de decir: ¡Ajá! Pero para mí sorpresa, no hay un payaso. Bueno sí, es un payaso, pero uno que ya conozco, no es el de It.

– No puede ser... –acierto a decir con un hilillo de voz.

– Vaya, lo que tenemos aquí.

– El payaso –es lo único que se me ocurre decirle antes de cerrar la puerta con la intención de bajar a recepción y armar un buen follón.

Cuando el chaval de la recepción me ve bajar por la escalera, hecha una furia envuelta en una toalla y gritando como una loca, se queda sin palabras y con la mandíbula desencajada.

Tras mi explicación sobre haber encontrado a mi archienemigo al otro lado de la puerta del baño, que parece ser que era compartido, como buen hostel que se precie, el chaval se pone a buscar por todas partes algo que no sé qué es.

– ¿Qué estás buscando? –pregunto de repente confundida.

– La llave de la puerta del aseo.

– Entonces no podré entrar yo –dice a mi espalda Jorge, el archienemigo.

– Pues que te dé este hombre un orinal.

– Lo que pueden hacer es cerrar cuando estén dentro, para no tener problemas –propone.

– ¿Sólo hay una llave?

Él me mira sonrojado y asiente sin palabras moviendo la cabeza de arriba abajo.

Yo frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

– Odio a este hombre, no sé si me entiendes.

– Como vienen los dos de Madrid...

– No conozco a todos los madrileños, sólo a éste.

– Entonces hay confianza, yo creo que pueden resolverlo como adultos –dice el chaval entregándome la llave y cogiendo su móvil para salir rápidamente de la recepción y cerrar la puerta del hostel dejándonos solos.

Me giro para enfrentar a Jorge y le enseño la llave, que paso ante sus ojos para demostrar quién tiene el poder, sobre la puerta del aseo...

– Búscate un orinal –le aconsejo sonriente pasando por delante de él en dirección a mi habitación.

Pero entonces él me atrapa desde mi espalda, como buen cobarde que es y forcejeamos por esa maldita llave que me quita cuando creo que se me va a caer la toalla que llevo enrollada. Y es entonces cuando le doy un codazo en el estómago y la llave cae al suelo, deslizándose por la inercia hacia el mostrador, mientras ambos miramos cómo se cuele debajo del mueble. Yo voy corriendo para intentar sacarla, pero no me caben los dedos por la pequeña ranura.

Oigo la tos de Jorge y me giro mientras sigo agachada en el suelo.

– ¿Qué miras?

Él alza las cejas boquiabierto y con la cara enrojecida. No entiendo qué le pasa hasta que señala con un gesto de la barbilla hacia mi trasero.

Es justo entonces cuando me doy cuenta de que la toalla no era tan grande como para taparme en esta postura y me levanto como movida por un resorte, para subir después corriendo las escaleras de dos en dos. A saber qué ha visto, prefiero no pensarlo. Madre mía qué vergüenza, me habrá visto hasta las anginas desde mi trasero.

Ese estúpido de Jorge estuvo años tomándose el trabajo como una competición. Mientras que yo sólo intentaba ganar dinero. A veces no me doy cuenta del esfuerzo que hago, y los demás intentan competir conmigo por motivos que desconozco. Me pasaba igual en los estudios. Yo sólo pretendía aprobar, y me daba tanta ansiedad suspender que sacaba sobresalientes, pero no era ese mi objetivo. En el trabajo igual, sólo pretendo amortizar préstamos e hipotecas, pero me esfuerzo tanto por la ansiedad de no poder pagar que termino siendo la empleada del mes y ese tipo de cosas. ¿Qué culpa tengo yo? Lo peor de todo es cuando viene alguno de estos tipos que sólo quieren competir por ser los mejores a decirme cosas como: "Este mes no has ganado"... ¿No he ganado qué? Pregunto ante tales afirmaciones. Y me suelen contestar que yo sé qué es lo que no he ganado. Y éste es un resumen de mi vida laboral y estudiantil. Me dan ganas de contestarles que he ganado poder pagar la hipoteca o ahorrarme una matrícula si saco buenas notas. ¿Por qué los hombres siempre quieren competir? ¿Es genético? ¿Va en el ADN? ¿Qué clase de conspiración universal existe para que no se conformen con superarse sólo, repito sólo, a sí mismos? ¿Por qué se toman todo así en la vida? ¿Acaso este tipo de gente no sabe disfrutar si no es compitiendo con otros y deseando hundir a los demás para ser ellos los mejores? No sé si alguna vez lo en-